

Eso es lo que había que hacer. Una política sensata que exige buscar soluciones y no añadir nuevas dificultades a las que ya existen.

—El contexto está complicado. No se busquen conflictos. Si se quiere drenar alguna impotencia no se drene buscando sólo el desgaste del Gobierno porque esto no es justo.

El escándalo fue mayor que antes.

Guerra salió otra vez.

Y habló del énfasis del vicepresidente del Gobierno (y es que Abril a medida que bebe menos agua en el podio de oradores y que toma más confianza con esto del parlamentarismo, ataca más). En las palabras de Abril vio Guerra "un deseo de avanzar en el debate próximo, un juicio de intenciones que es injusto, que es precipitado". Y además él no ocultaba nada:

—En varias ocasiones he dicho que no corresponde a la jurisdicción militar.

Tampoco podía decir el vicepresidente del Gobierno que lo que había que hacer era acelerar la reforma del Código de Justicia Militar, porque era precisamente el Gobierno quien retrasaba la reforma.

Y en cuanto a lo de los conflictos "eso es una amenaza que hace el señor vicepresidente que es intolerable en esta Cámara".

Más aplausos y más escándalo. En aquella tarde los culpables socialistas y ucdeos, como niños que jaleaban a sus equipos en un torneo colegial, parecían estar a ver quien aplaudía más. Los socialistas cuando no aplaudían, gritaban y maneaban e incluso pateaban. Los de UCD —aunque a veces meten la pata en la tribuna— no suelen meter el pie sobre el entarimado. De todos los grupos parlamentarios el que utiliza el edificante y versallesco sistema del cocerío sea el partido que fue de don Julián Besteiro. UCD se limita al vocerío. Los otros grupos —como son más pequeños— son más educados.

Aún hablaría el ministro de Defensa Rodríguez Sahagún para decir de lo dicho por Guerra sobre la reforma del Código:

—No es verdad en absoluto.

Y Guerra para replicar:

—El señor ministro de Defensa o desconoce lo que ha ocurrido con este proyecto o no dice la verdad sobre lo que conoce de este proyecto.

Y don Landelino dio entonces un descanso de quince minutos, que buena falta hacía. ■ V. M. R. Fotos: RAMÓN RODRIGUEZ.

LA CRISIS DE LAS TIJERAS

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

DESDE que se inició el presente año no pasa una semana en la que no haya que anotar nuevos síntomas de la amplia ofensiva político-económica de la derecha. Su amplitud, tanto en lo que se refiere a su extensión como a su intensidad, va desvelándose progresivamente como un iceberg que al emerger descubre paulatinamente todo su volumen anteriormente no visible. Este ritmo involutivo semanal autoriza a pensar que estamos tan sólo en presencia de los primeros pasos de esta guerra no declarada contra la izquierda.

Los dos nuevos datos de estos últimos siete días confirman, sin posibles dudas, esta orientación del proceso político de nuestro país. Basta leer por encima las intervenciones de Fernando Abril Martorell y de José Antonio Segurado, divergentes en lo accesorio y coincidentes en lo sustancial, en el acto de clausura de la asamblea de la Confederación Empresarial Independiente de Madrid, y observar la impugnación de la elección de Antonio Senillosa como presidente de la Comisión de Control Parlamentario de RTVE, para constatar el alcance de las grandes maniobras políticas de la derecha.

El primer hecho explica convincentemente el segundo, de la misma forma que este último es comprensible por el primero. Si los grandes poderes político-económicos de la derecha piden mucho más de lo que hasta ahora les ha concedido el Gobierno, cómo va a ser tolerado que, en virtud de un juego parlamentario, un hombre votado por la izquierda, detenido y represaliado bajo el franquismo, partidario público del aborto, controle el fundamental medio de comunicación cuando, además, está en marcha el ajuste de cuentas en otros órganos informativos de la derecha.

Un ataque frontal

Llamarse a asombro por ello es seguir sin comprender la naturaleza de fondo de la crisis que aqueja al sistema. No estamos tan sólo ante una crisis de Gobierno, que haría las delicias de los que viven del cuento o teatro de la política parlamentaria con sus mociones e interpellaciones, sino, fundamentalmente, ante una crisis más de las que cíclicamente sufre la sociedad económica que nos encuadra. Crisis que plantea ineludiblemente a sus detentadores, representados políticamente por lo que convencionalmente se denomina como derecha, la necesidad de impedir que continúe abriéndose las dos hojas, política y económica, de las tijeras del sistema. La hoja económica del afrontamiento frontal con la izquierda y la hoja política del diálogo de la socialdemocracia no podían seguir bifurcándose: o la política se plegaba a la económica, o viceversa (posibilidad sólo teórica).

Urgía cerrar estas tijeras y en eso nos encontramos. El tijejetazo a todo compromiso político con la socialdemocracia estaba escrito desde el mismo momento en que optaron por una salida no negociada de la crisis económica. Las tesis que han mantenido algunos sectores minoritarios de la derecha, carentes de base social y, sobre todo, de

sostén socioeconómico, de volver a los pactos que implicasen a toda o parte de la izquierda (para aplicar en lo esencial la misma política económica que realiza el Gobierno) era desechada en función de su no representatividad, de su costo económico y de su carácter gratuito porque no veían la necesidad política de ofrecer contrapartidas a una izquierda que apenas ha sabido responder política y socialmente a sus primeros escaresos ofensivos.

Tijejetazo que se cerrará definitivamente este otoño con la constitución de un nuevo Gobierno que responda a las exigencias de energía y firmeza que reclaman estos medios decisivos. La colaboración de Jordi Pujol en la defenestración de Antonio Senillosa y la complacencia con la que Marcos Vizcaya ha acogido la reciente remodelación gubernamental confirma, una vez más, cómo toda la derecha —que realmente cuenta con el respaldo social y financiero mínimo— participa en esta ofensiva generalizada contra la izquierda.

El esquema de 1976

— Importa reiterarlo porque aún subsisten algunos sectores en el seno de la izquierda que sufren de la alucinación creada por el espejismo de 1976: calcar mecánicamente las circunstancias actuales con las existentes en el invierno de 1976 que precedió a la caída de Arias-Fraga. Según esta ilusión óptica, estaríamos en vísperas de un nuevo salto democrático tras la caída del bunker del palacio de la Moncloa. Es decir, imposible enunciar más estupideces en menos líneas.

No creemos que sea necesario demostrar analíticamente este sueño político. Sólo señalar que es heredero de una vieja y nefasta tradición de la izquierda española consistente en conducir políticamente con la vista únicamente puesta en el retrovisor. Al igual que a la hora de la salida política de la dictadura aplicaron mecánicamente los esquemas de 1931 ó 1945 (trasladando 1975 a 1931 y España a Francia o Italia de la posguerra), con el resultado consabido; ahora, a la salida económica de la dictadura, funciona —mucho menos, gracias a Dios— el esquema de 1976. La inmediata realidad sancionará esta penúltima tentación de la izquierda de buscar representantes inexistentes de la derecha y no tener en cuenta la táctica y la estrategia de quienes realmente la representan.

Pero lo más grave es que aun si se hubiese superado esta vieja manía y existiese capacidad de respuesta, sería tarde, a destiempo e inútil. La izquierda ha sido ya derrotada políticamente de la misma forma en que lo fue bélicamente en 1939. No hay cárceles repletas, ni columnas de refugiados hacia la frontera o campos de concentración y el amargo exilio lleno de rencillas, rencores, incomprendiones y distanciamiento político del país; pero sí hay deserciones masivas de militantes, columnas de cuadros decepcionados hacia la frontera del pasotismo, campos de concentración de parados y el exilio interior con las mismas secuelas negativas que el exterior. Sólo queda la posibilidad de trabajar a largo plazo. Y eso, todavía, ni siquiera es una probabilidad. ■